

CON PEDRO LUIS, COMO EN LOS VIEJOS TIEMPOS

ANTONIO M. GARCÍA RAYMUNDO

¡Qué jugada nos has hecho, Pedro Luis, yéndote sin avisarnos a los que éramos / somos tus amigos! Quizás fuera por lo intempestivo de la hora —la muerte es siempre intempestiva— “muy próxima al cierre de la edición”, como decía, escuetamente, la nota periodística que nos trajo la malhadada nueva. Sin darnos tiempo de despedirnos siquiera. De gozar, por enésima y última vez, de tu ironía punzante y erudita, que te distanciaba de la fealdad de lo cotidiano, no sé si por ética o por estética, convirtiendo en motivo de amable cachondeo tan dispares circunstancias como la represión del franquismo / posfranquismo —la máquina me ha hecho una mala pasada de la que tú te hubieras sonreído, trastocando posfranquismo en *psoefranquismo*; pero no te preocupes, ya está corregido—: *No hay derecho, / no hay derecho, / que no dejen que las majas lleven flores en los pechos*; el erotismo *lumpen* de las pajilleras de la Cuesta de Moyano, en “Galería de perpetuas”; o la glosa de aquel viejo y bondadoso masón, pintor de *kamarrupas* y paisano mío, en cuyo estudio cartagenero se refugiaba la cultura en los años difíciles de la dictadura: don Vicente Ros, de quien trazabas la magistral semblanza en aquella suerte de cuento para niños que fue “Murcia y el misterio de los Rox”, y cuyas claves me revelastes en una de nuestras peripatéticas e inacabables charlas, cuando éramos vecinos y sacabas a pasear el perrillo de inescrutable *pedigrí*—¿qué habrá sido de él?—; cuando yo volvía, avanzada la noche, del periódico e intentaba despejarme un poco, tras tanta tontería como habría tenido que enhebrar para ganarme el garbanzo... Sin olvidar alguna visita a tu casa, vivías entonces en Gregorio Marañón, en la que me facilitabas recetas afrodisíacas que aún conservo de tu puño y letra y que vería, años más tarde, reproducidas en “¡Ay de mi Alhama!” y cuya eficacia te prometo comprobar un día de éstos.

Recuerdos de aquel accidente que, poetizado en la contracubierta de tu último libro, sufriste “bajando la cuesta Simancas... resbaló en guijo hecho hielo por diciembre, se rompió una pierna...”, cuando yo recuerdo que te pegastes un trompazo en tu viejo “seiscientos”; y entonces me hablabas de tu novela aquella de la que habían querido comprarte los derechos cinematográficos por un millón de pesetas de las de entonces, pero tú no habías accedido a ello y yo, que aún desconocía tu vena literaria, ignoraba hasta qué punto hablabas en serio, y que hoy pienso que, corregida y aumentada, pueda ser la que me veo ahora en el callejón sin salida de leer antes, incluso, que el libro de Rushdie. En mis anaqueles —junto a los “Versos satánicos” y un par de novelas negras que me dio otro jumillano, el García Martínez, para hacer una nota, que ahora habrá de esperar— está “La vida perdularia”, recién comprada a Diego Marín, también viejo amigo tuyo, que no la saca ahora al escaparate por respeto a tu amistad y a tu recuerdo, evitando lo que alguien pudiera creer oportunismo.

No sé si habrá en memoria tuya alguna ceremonia, cristiana o islámica, cuando incineren tus restos y esparzan tus cenizas a los cuatro vientos sobre los campos de Murcia, que ya antes habías fecundado con tus escritos y tu amor por ellos. En cualquier caso sabrás excusarme si no estoy allí, si no acudo a decirte adiós. Porque tengo una cita con tu *vida perdularia*, que será una manera de *amordazarte y regresarte*, para reanudar nuestras charlas, inacabables y peripatéticas. Como en los viejos tiempos.